



## Actividades para ejercitarse

### Lengua

#### COMPRENSIÓN LECTORA E INTERPRETACIÓN:

##### **El bosque enfadado.**

Hace muchos años, existía un bosque que estaba situado justo en el corazón de lo que era -en ese entonces- un pueblo pequeño. En esos tiempos el bosque se erguía firme y orgulloso, brindando sombra y un cálido refugio a muchos animalitos. Sus árboles eran fuertes, altos, sanos. Aves, reptiles, ardillas, lechuzas, ciervos y muchos animalitos pasaban sus días en armonía, se alimentaban de la hierba siempre fresca, tomaban el agua limpia de los arroyitos y dormían bajo la sombra generosa de la copas de los árboles.

Así fue por mucho tiempo, tanto que ni siquiera el abuelito más viejo recuerda. Era un bosque “encantado”, pero no porque allí ocurriesen cosas mágicas o extrañas, simplemente era “encantado” pues estaba encantado de ser un bosque tal y como era. Pasaron los años y con ellos muchas cosas cambiaron. El pueblito que rodeaba al bosque ya no era tal, se había convertido en una ciudad. Había más casas, más fábricas, más gente y sobre todo mucha, pero mucha más basura. Casi sin darse cuenta, el bosque fue cambiando su paisaje. El agua ya no

era transparente y limpia. Los animalitos muchas veces enfermaban por tragar bolsas de plástico o basura que la gente dejaba luego de hacer un picnic.

La hierba ya no crecía feliz, pues en muchos sectores del bosque el fuego había dejado su marca para siempre. Los árboles no respiraban igual, porque el aire estaba contaminado y tampoco podían alimentarse bien, el suelo ya no era el mismo. Es más, no había la misma cantidad de árboles que antes, muchos habían sido talados para utilizar su madera.

Todos los animalitos se asombraban cuando escuchaban los relatos de los añosos árboles que les contaban cómo era la vida antes que el pueblito fuese lo que era hoy en día. Les costaba creer que antes el agua podía tomarse sin que a nadie le doliese la barriga y que no hubiese peligro de tragar algo que no fuese un rico fruto.

– ¡Esto no es vida! – Dijo un buen día un ciervo cansado ya de comer pasto quemado.

– ¿Hasta cuándo viviremos así? – preguntó un pino mientras tocía y su copa se mecía.

– Habrá que pensar algo amigos – contestó un conejo que se agarraba su pancita con sus cuatro patas y sus dos grandes orejas – el agua del arroyo no se puede tomar.

– Bosques encantados eran los de antes. Miren nuestro aspecto ahora, más que encantado, parecemos un bosque enfadado – Comentó el árbol más viejito de todos.

No eran ellos en realidad quienes debían tomar cartas en el asunto, sino las personas que habitaban la ciudad y no cuidaban la naturaleza como debían. Aún cuando los animalitos del pobre bosque enfadado nada habían pensando, la fuerza de la naturaleza se hizo sentir solita, sin ayuda de nadie.

El estado en que el bosque se encontraba, no era triste sólo por su aspecto, sino por sus consecuencias. Al haber talado tantos árboles, ya la ciudad no tenía la sombra fresquita de antes, el clima estaba enrarecido y el calor era mayor del que la gente podía aguantar.

Ya no había tantas copas generosas que taparan la fuerza con la que el sol se hacía sentir. Abundaban las gorras en la cabeza y la gente empezó a salir menos de su casa. El agua enfermó también a los habitantes de la ciudad, no sólo a los animalitos.

Los cultivos y las flores comenzaron a escasear y con ellos sobrevino el hambre y la tristeza. Parecía una pesadilla, donde los habitantes de la ciudad veían en el bosque una especie de monstruo enojado que mostraba su furia y la hacía sentir.

Y, como en una pesadilla, la realidad no era la que se cree ver. Aun así, sin que el bosque hubiese querido asustar a nadie, ni se hubiese convertido en un monstruo, la gente comenzó a tener miedo por primera vez.

Los animalitos que muchas veces se hacían una escapadita a la ciudad, que no eran todos por cierto, se enteraron que la gente estaba muy asustada y más preocupada todavía

– Escuché que la gente piensa que todo el bosque está muy enojado con ellos– comentaba una ardillita que venía de una feria donde había comido todas las nueces posibles.

– Yo escuché que creen que los estamos castigando – Decía un pino muy alto que movía su copa a su antojo para escuchar conversaciones lejanas y ajenas.

– ¡Eso no es verdad! No estaremos de lujo, pero no queremos hacerle daño a nadie – contestó el conejo que seguía agarrándose su pobre barriga.

– Déjenlos que crean lo que quieran, ellos han sido los responsables de este desastre. Un buen susto no les vendrá nada mal – Sentenció el árbol más añoso y al cual todos escuchaban y respetaban.

El viejo árbol continuó:

– Es más, cuando alguien venga a pasear lo ayudaremos un poquito más a tomar conciencia. El ciervo empezó a preocuparse, tenía miedo que los años hubiesen echado a volar el buen tino que siempre había tenido el árbol.

El viejo árbol decidió que por primera vez en su vida, se daría el gusto de hacer una travesura, que en definitiva, sólo tenía un buen fin.

Les pidió a las ardillas que a cada persona que pisase el bosque le arrojasen en la cabeza cuanto fruto encontrasen.

– ¿Es necesario? - Preguntaba dudoso el ciervo que ya estaba seguro que el árbol había perdido la cordura.

– Será divertido y voy por más – contestó seguro el viejo árbol.

– ¡Ay no! ¡Qué alguien detenga a este anciano por favor! – gritaba el ciervo sin agarrarse los cuernos porque no le era posible, nada más.

El árbol ordenó a todos los búhos que vivían en las ramas de los árboles del bosque que, cada vez que alguien quisiera cobijarse bajo la sombra ya escasa de alguno de ellos, empezaran a hacer “buhhhh” o el sonido que pudiesen, pero que provocase miedo.

– ¿No será demasiado? – Preguntaba el ciervo ya en forma de súplica.

– No será la mejor forma, reconozco, pero creo que los ayudará a cuidarnos y cuidarse un poquito más.

El bosque entero se puso en marcha, bajo la constante queja y duda del pobre ciervo.

No hubo persona que entrase al bosque, que no notase algo extraño, y como ninguno tenía la conciencia tranquila, entendieron lo que la naturaleza solita había tratado de explicarles antes. La voz corrió muy rápido en la ciudad, ya nadie tenía dudas de que el bosque –de una u otra manera- se estaba quejando, sonidos extraños, frutos lanzados, ramas que asustaban. Todo esto sin contar lo que venían notando hace tiempo en la ciudad, la temperatura, el agua intomable, la poca vegetación.

Muchas veces, a las personas nos cuesta entender cosas que, en realidad, son muy sencillas y que saltan a la vista. Fue necesario que el bosque tomara cartas en el asunto, para que la gente, ahora sí consciente del daño que le estaba haciendo, lo cuidara un poco más y en definitiva se cuidara a ella misma.

Todos comenzaron a cambiar su actitud y si bien el daño causado ya no podía revertirse, sí podían evitar daños mayores.

Así fue como la gente de la ciudad comenzó por no cortar más árboles, siguió por plantar nuevos, no usó más bolsas de plástico, no hizo fuego en el bosque y muchas más cosas que protegieron no sólo al bosque, sino a todos. De esa manera vivieron mucho más tranquilos y felices, sobre todo el ciervo que ya no tuvo que preocuparse por las ideas del viejo árbol.

## **"El fogón imposible"**

Era una región muy fría. Los hombres eran pobres y no tenían medios para defenderse contra una temperatura que los mataba. Un viajero pasó por la región, y se apenó mucho. El viajero era muy sensible al dolor, y amaba a las personas que sufren. Y pensó mucho tiempo cuál podría ser la solución para aquel problema. Después de largas reflexiones creyó posible una salida. Aquellos hombres podrían reunirse en la noche, cuando el frío se hacía más crudo, y abrigarse todos, junto a un fogón.

Hizo un primer viaje. Él mismo llevó la leña para el gran fogón y explicó su proyecto a la gente de la región. Como no podía llegar él mismo al lugar donde se haría el fuego salvador, entregó a cada persona un pedazo de buena leña. A varones y mujeres, a los adultos y a los niños, a todos les entregó un trozo de leña de acuerdo a sus fuerzas. Dejó las instrucciones necesarias, y se fue con la promesa de regresar cada día con una carga de leña, para el fogón de cada noche.

El sol cayó rodando detrás del horizonte. El frío cabalgó sobre la brisa y comenzó a correr por la región.

Los habitantes de la región se pusieron lentamente en marcha, hacia el lugar indicado para el fogón de la noche. Llegaron.

Formaron un gran círculo en torno al lugar indicado y se miraban silenciosos los unos a los otros. Cada uno abrazaba entre sus ropas un pedazo de leña, como si fuera su propia salvación. El jefe de la región se dirigió al centro del círculo y dijo a los que estaban reunidos: “Gracias a la bondad del viajero que nos visitó y se compadeció de nosotros, hoy dormiremos sin temor de morirnos de frío. Encenderemos una gran hoguera con la leña de cada uno, y dormiremos al abrigo de su calor”. Y fue a sentarse en su lugar en el círculo. Él también apretaba entre sus ropas un pedazo de leña, como si acariciara su propia salvación. Hubo un gran silencio. Nadie se movió de su lugar. Cada uno apretó más fuerte entre sus brazos su propio pedazo de leña.

El frío se hizo como cintas de acero y cortaba la piel. Todos comenzaron a temblar. Uno dijo al de su lado: “¿Dónde está el fogón?”. El otro respondió: “Yo no veo nada. ¡Nos

engañaron!”. Un confuso murmullo recorrió la ronda. Luego un murmullo más denso. Ya era de rabia y de protesta. Después fueron gritos, discusiones e insultos. Y comenzaron a levantarse para marchar a sus casas. Luego del frío, el sol anunciaba la bondad de un nuevo día.

La aldea despertó, pero durmió para muchos que habían muerto a causa del frío. Y llegó nuevamente el viajero generoso.

Venía con su carga de leña. Los habitantes de la región comenzaron a salir de sus casas, se acercaban al viajero amigo y lo

miraban con ojos de rabia. Cada uno apretaba entre sus ropas un pedazo de leña, como si acariciara su propia salvación. El viajero no comprendía. De pronto gritaron juntos: “¡Usted nos engañó! Fuimos al lugar señalado y no encontramos el fogón.

¡Se nos murieron muchos de frío!”. Y el buen hombre comprendió. Con mucha calma les dijo: “Necios. ¡Ustedes son responsables de los que anoche murieron de frío! ¿No les di acaso la leña necesaria para que todos se abrigaran junto al fuego? Pero ustedes son tan ruines y mezquinos, que cada uno guardó su pedazo de leña. ¿No se dan cuenta de que la gran hoguera sólo se hará si todos entregan su pedazo de leña?” Y el viajero amigo se marchó amargado. Los habitantes de la región se miraron, y regresaron a sus casas pensando.

René Juan Trossero, “Fábulas y cuentos”.

---

## **Agua Hervida**

Ella era pobre como una araña. Sólo le quedaba ese hijo de un amor también miserable. Abandonada. Su rostro continuaba en el espejo las resquebraduras de los golpes de la vida. Allí, a la orilla del río, en su rancho, solía jugar largamente con su niño hasta que aparecían las primeras estrellas. Pero hoy el niño no jugaba. Estaba enfermo. "Habrá sido el pescado frito", se dijo la madre. De lo lejos venían sobre el agua voces confusas, acaso pescadores que desde sus canoas lanzaban redes, acaso fantasmas. Salió a la noche a juntar

yuyos para el empacho. "Con un poquito de paico y de yerba del lucero se le pasará", pronosticó mientras sus manos buscaban entre las sombras aquellas hojas salvadoras.

Un fuerte olor a yerba hervida llenó el rancho. Dio de beber al niño en pequeños sorbos y puso todas sus esperanzas en aquel líquido oloroso con color de miel. Pero de nada sirvió, la noche se hizo dura con los quejidos del niño, con el aullido de los perros y los alaridos lejanos que venían del medio del río.

Ni bien amaneció, se fue al "Centro Asistencial" que estaba del otro lado de la Avenida, a unas diez cuabras de su rancho. Fue la primera en llegar. A los minutos apareció la enfermera, que abrió la puerta. Le dijo que se sentara. Le preguntó por el chico.

"Debe ser un empacho no más", asintió casi doctoralmente. Habían aparecido más gentes. El dolor se hizo más grande en la sala. Lloriqueos, miradas lastimosas, ojos vidriosos de fiebre. "Los amaneceres del pobre", pensó el doctor al entrar y ver ese pequeño escenario de la enfermedad. Hacía apenas unos meses que se había recibido. Su juventud le permitía ser sentimental.

Sus colegas más veteranos no le perdonaban esa inocencia. Atendió al hijo de la mujer del río. "Hágale unos enemas con agua hervida", le dijo pensando que esa mujer no tendría ni para comprar un "Uvasal". "un flor de empacho, nada más", agregó, para calmarla. "Los pobres también son sentimentales", se confesó para sus adentros al mirar tan de cerca aquel rostro de la madre.

Ya estaba por ser la una en el reloj de la pared. El doctor fumaba un cigarrillo, esperando que la flecha alcanzara la pequeña rayita negra, para irse. La enfermera acomodaba las jeringas, los estuches, todas las piezas de ese juego contra la muerte, cuando de pronto entró, el rostro convulsionado, con el niño en los brazos, la mujer del río. El niño parecía como achicharrado por adentro, con los bracitos y las piernas encorvados y el rostro desencajado en un dolor inaudito, como cristalizado:

— "¡Doctor, doctor, se muere mi hijo!", gritó la mujer, desesperada el doctor tomó al niño en sus brazos y comprendió en el acto toda la terrible tragedia, más cruel cuanto irónica. "Qué le ha hecho usted a la criatura", empezó a decir con rabia decreciente, a medida que comprendía

la gravedad de su oficio, el malentendido de vivir, y que, frente a la muerte no hay causas pequeñas.

Ella respondió entre lágrimas, que sólo había hecho lo que el doctor le ordenó", afirmó.

—"Le puse enemas de agua hervida", afirmó.

Darwy Berty

---

### **Sustantivo abstracto**

Cecilia es una chica como cualquiera. Tiene buenas notas y, a veces, malas. Usa aparatos fijos en los dientes y escupe un poco cuando habla como todos los que usan aparatos. Sus padres se separaron como los padres de Tomás, de Romina y de Luis. Pero nadie está tan triste como ella. Porque ni Romina ni Luis tienen un perro. Y Cecilia sí.

El perro se llama Laica como el primer perro que llegó a la Luna. (Cecilia está segura de que, si la dejaran, su Laica podría ser astronauta también).

— Las palabras que describen se llaman cualidades o adjetivos —dice la maestra.

Negra, inteligente, guardiana, escribe Cecilia. Laica es muy negra y tiene una oreja parada y otra que siempre se le dobla por la mitad. Eso no es una cualidad sino un defecto, opina el padre, y por eso no puede participar de competencias con otros perros ovejeros. Menos mal; Cecilia piensa que si participara se convertiría en un perro estúpido como los modelos que mira su hermano por la tele, que cuando hablan sólo dicen pavadas. Y Cecilia está segura de que, si Laica hablara, sólo diría cosas sensatas. Porque Laica entiende todo lo que ella le dice. Por eso prefiere hablar con Laica que con Andrés, su hermano, que siempre la contradice en todo. Estúpida, sensata, escribe Cecilia. La palabra sensata no entra entera en el renglón.

—Así no se separa sensata, Cecilia —dice la maestra-. Sen – sa - ta.



Cuando los padres de Cecilia se separaron, dividieron prolijamente todo lo que había en la casa. Hasta la casa misma, porque la vendieron y se repartieron la plata. Para vos el televisor, para mí el lavarropas; para vos la lámpara, para mí el florero; para vos la radio, para mí la cámara de fotos. Se dividieron el juego de sábanas y el de toallas. Los cepillos de dientes y la cajita de jabones.

Cuando llegaron al perro, Cecilia temió que con el afán de dividir todo, se les ocurriera dividirlo también. Para mí la cabeza, para vos la cola. Pero no. Fue mucho peor.

—El perro me lo llevo yo —le dijo el padre a la madre—, vos no estás en todo el día y en un departamento no lo podés tener.

Las palabras del padre revelaron de golpe tres tragedias: vivirían en un departamento, la madre volvería a trabajar

todo el día y al perro —el padre dijo “el perro” y no Laica— se lo llevaría el padre. Eso le dijo el padre a la madre. Y la madre no dijo nada. Sólo afirmó tristemente con la cabeza.

—Las palabras que se ven y se tocan son sustantivos —dice la maestra.

Perro no es un sustantivo. Laica tampoco. Si no vive con ella en el departamento nuevo, no la puede ver ni tocar.

Perro es un sustantivo común. Laica es un sustantivo propio.

Cecilia piensa que lo que era propio ahora le es ajeno: en su casa viven ahora una mujer con cara de tortuga, un hombre que se cierra mal los botones de su camisa y un chico que, cuando ella pasa y mira hacia el jardín que era de ella, le saca la lengua.

El departamento en el que ahora viven con su madre, que tiene tres ventanas y las tres dan al departamento de enfrente, vivía antes una mujer con tres gatos que arañaron todo el empapelado de la pared. (Cecilia piensa que le gustaría ser gato para poder hacer lo mismo.)

En la nueva casa del padre está el televisor que era suyo y que Cecilia encendía cuando tenía ganas y ahora, para encenderlo, tiene que pedir permiso a la nueva mujer del padre. En el baño está el cepillo de dientes que antes estaba en su casa y que ahora está en la casa del padre.

Laica tiene una casa de madera propia en el nuevo jardín del padre pero no puede entrar en la casa: la nueva mujer del padre no se lo permite.

—Tristeza es un sustantivo abstracto. No se ve ni se toca —dice la maestra.

Laica está triste y tiene las dos orejas dobladas. Ya no puede acostarse en la cama de Cecilia, ni sobre la alfombra de su pieza, ni mirar televisión con ella. La tristeza de Laica se ve y se toca.

—Uno, dos, son adjetivos cardinales. Primero, segundo, son adjetivos ordinales —dice la maestra.

“Marisa es como tu segunda madre”, le explicó el padre a Cecilia, haciendo una pausa entre cada palabra como si estuviera dictando una carta a un idiota. “Y el hijo que vamos a tener va a ser como tu segundo hermano”. Cecilia piensa que las segundas partes de las películas siempre son malas. Y la madre de su segunda madre, ¿será su segunda abuela? Romina, que de eso entiende, dice que si uno tiene una segunda familia, en los cumpleaños uno recibe más regalos. El padre le prometió un perro. Un chiguagua. Cecilia le preguntó al padre si también sería como su segundo perro para ella. El padre no contestó, pero Cecilia imaginó a Laica al lado del chiguagua y confirmó su teoría de que las segundas partes siempre son malas.

La maestra sigue hablando. Con el pelo enrulado pegado a sus orejas, parece un cocker. Cuando termine la clase va a preguntarle cómo se transforma un sustantivo abstracto en uno concreto. Para que los padres puedan ver y tocar su tristeza.

Klein, Irene. Cuentos de estación. Buenos Aires. Plus Ultra. 1997

---